

“Por estos pelaos también ha llorado Urabá”

Carlos Mario Correa Soto

Resumen

La zona agroindustrial del Urabá antioqueño, además de ser productora de banano, ha sido despensa, desde hace mucho tiempo, de eximios futbolistas que le han hecho el quite a la adversidad. En medio de aquel paradójico panorama donde conviven la riqueza de unos pocos y la incertidumbre de muchos, el fútbol se ha tornado en esperanza de vida. Entre 1997 y 1998, el periodista Carlos Mario Correa viajó a la zona, escuchó y compartió con los jóvenes sus anhelos. Luego viajó con ellos a Medellín y se enteró de sus metas, de sus luchas. Aunque han pasado varios años, la historia que Carlos Mario cuenta aquí, sigue siendo la misma historia de tantos muchachos que comparten el mismo sueño. El fútbol les posibilita la esperanza a muchos de ellos, y entonces cuando estos chicos acarian la gloria –así sea efímera–, los rostros vuelven a estar llorosos, sólo que en esta vez no es por la muerte y la desesperanza causada por la violencia. Están conmovidos por la alegría. Gracias al fútbol, por estos pelaos, que le han ganado el partido a las adversidades, también ha llorado Urabá.

Palabras clave: fútbol, violencia, muerte, esperanza, Urabá, club, torneo, jugador.

Después de contemplarlo un rato con ojos ansiosos, Aulio Ricard le dio la espalda al mar oscuro de Turbo, en el Golfo de Urabá. Caminó por la playa chapoteando el agua con los pies descalzos y dibujando con el dedo gordo figuras geométricas en la arena. Recorrió una calle encharcada por la marea nocturna, se dirigió al barrio Juan XXIII y se metió a su casa.

Hizo una maleta ligera de ropa. Se vistió con bluyín, camiseta y tenis. Correspondió a la bendición de sus padres y arrancó para la Terminal de buses con destino a Medellín, obsesionado por un sueño: el fútbol profesional.

En el puerto no sólo dejó el mar de su niñez y su familia, sino también a cinco novias y un sueño, enconado en su cabeza desde la adolescencia: esconderse en la bodega de un barco bananero y bajarse en Nueva York para buscar allí su futuro y el de los suyos.

Aulio tiene 17 años y la piel morena. Mide 1,70 metros y pesa 68 kilos. Sus músculos están endurecidos y resaltados pro el trote y los aparatos de gimnasio. Tiene los parietales rapados y un honguito de cabello coronando su cabeza. Su bozo primerizo es una sombra en la parte exterior de su boca.

Vino a Medellín con otros 43 muchachos entre 15 y 19 años, seleccionados por el Club Deportivo Estrellas 2000 Urabá para participar en los torneos de la Liga Antioqueña de Fútbol en las categorías Juvenil y Ascenso. El grupo es algo así como una avanzada de exploradores de un proyecto social y deportivo, que incluye residencia, alimentación y estudio en la ciudad.

Al despedirlo, su padre, Aulio Ricard, celador en el Instituto de Deportes de Turbo, le repitió las palabras que venía diciéndole días antes del viaje y que también había oído de sus coterráneos que lo habían visto jugar: “tienes todas las condiciones para llegar”.

A su madre, Luz Mila Lara, inquieta por la despedida del tercero de sus seis hijos, se le ocurrió una advertencia como adiós: “Cuidado va y coge la mala rutina de los pelaos de allá con las drogas, mantenga presente solamente lo que se va a ir hacer”.

Aulio Ricard Lara vive en la casa de Eneida Córdoba, una amiga de su familia. Se levanta de lunes a viernes a las cinco y treinta de la mañana para ir a estudiar al colegio Samuel Barrientos, de San Javier, donde cursa noveno grado. Tres días a la semana, antes de volver a casa, sube a la cancha del barrio Antonio Nariño, en el mismo sector occidental de la ciudad, para entrenar con los compañeros de los dos equipos.

Tiene los ojos vivos y se ríe con media risa:

–Los muchachos me dicen: “Tenés voz de caricatura”, porque yo hablo así como me ve usted, todo pasitico, como entre los dientes. Pero yo voy para adelante siempre y no le doy importancia a eso.

Aulio empezó a jugar en Turbo desde que era un “tetero”, es decir, un niño de la categoría de ocho a diez años en el torneo que hace el Club y que es una réplica del rentado colombiano: los equipos se llaman lo mismo que los profesionales y lucen los colores y distintivos en los uniformes.

Recuerda que actúa en el Atlético Nacional, justamente el equipo de su preferencia. Marcó 35 goles y obtuvo su primer trofeo.

-soy un jugador pesadito, rematador, le pego con las dos piernas cuando lo cojo bien; soy potente y muy oportunista en el área. Mejor dicho -explica-, soy como Hamilton Ricard, el del Cali y la Selección Colombia (goleador del campeonato nacional de 1997), y dicen que somos primos. Yo creo que sí porque mis familiares son de Quibdó, Chocó, y él es de allá. Hamilton fue una vez a Turbo pero yo no tuve la oportunidad de hablar con él porque estaba por acá.

Apela a su discreta pero recurrente risa. Y dice que muy ligero se va a encontrar con Hamilton en el profesionalismo y de pronto como compañeros de equipo, porque va rápido.

-Éste es un objetivo duro porque los rivales en el Torneo de la Liga son de mucho peso. También porque uno es pobre y lo económico aquí da muy duro. Imagínese a mi papá como celador y con seis hijos para mantener... le queda muy difícil mandarme algo.

Es animoso en la conversación. Su interés en hablar de lo que hace ilumina sus ojos cafés.

-Pero lo que más extraño de Turbo son las mujeres. Ellas fueron las que me cogieron a consejos y me dijeron que la vida en la USA no era buena. Que la plata que uno se consigue allá así como entra se va. Yo tenía muchas ganas de irme con un amigo, Evert Ochoa. Él me llevaba tres años y me decía que cuando tuviera los 18 sacaba la cédula y se empacaba para la USA a esperarme allá. Yo andaba con él para arriba y para abajo y estaba muy motivado con esa idea. Después senté cabeza, hice lo que tenía que hacer: cogí el camino del fútbol.

Evert está desaparecido desde 1996. Nadie en Turbo sabe qué le pudo haber pasado. Hay una versión de que fue asesinado en Necoclí. Su familia no tiene evidencias del hecho y sigue indagando por él y aguardando su regreso a casa.

Un largo camino

El camino del fútbol profesional para los muchachos de Urabá es largo. Comienza en Turbo a 375 kilómetros de Medellín. Es un pueblo caliente y húmedo, oloroso a pescado crudo y a desechos orgánicos represados en el Waffe, el puerto para navegación de cabotaje ocupado por destartaladas embarcaciones de carga y pasajeros.

Turbo tiene 110 mil habitantes, la mitad en el área urbana, y una temperatura media de 30 grados centígrados en su cabecera. Las calles polvorientas metidas hasta el fondo de barrios extensos, de casas de madera zancudas con desagües y matorrales, donde escarban pollos y cerdos famélicos.

En este escenario, hace 20 años, un grupo de mecenas del deporte inició la realización de encuentros de fútbol con niños desde la edad de diez años.

El balompié se popularizó de manera muy amplia en el puerto. Las primeras figuras de la región en el profesionalismo colombiano desplegaron sus excelsas habilidades que nacieron como expresión recreativa en un pueblo cantinero, sin televisión y sin programas, para que los niños y los jóvenes emplearan el tiempo libre.

La comunidad les patentó la idea a Deyanira Garcés, al educador Germán Cuesta González, al médico Jaime Delgado y a Aristarco Castro, padre del jugador Carlos Castro. En 1987 tomó forma, de acuerdo con las nuevas normas del deporte asociado, y fue reconocida por Coldeportes Antioquia (hoy Indeportes) como Club Deportivo Estrellas 2000 Urabá.

Ese mismo año se hizo el primer torneo oficial de niños de ocho a diez años, representado en 14 equipos con los nombres y los colores distintivos de cada uno de los que participaban en el rentado colombiano. El modelo ha mantenido su identidad. Sólo fue modificado en el 94 con ocasión del Campeonato Mundial de Estados Unidos, cuando se integraron 24 equipos para jugar un mundialito.

El número de equipos ha aumentado y la edad de los niños también. El Club ha creado varias categorías y descentralizado el torneo. La versión de 1997 comenzó el primero de mayo con cuatro categorías, así: quince equipos de "Teteros", niños de 8 a 10 años; nueve de preinfantil, de 11 a 12 (llamada Ponyfútbol); seis de infantil, de 13 a 14; cinco de prejuvenil, de 15.

A éstos se suman un equipo de preinfantil, integrado por niños chocoanos desplazados por la violencia, y siete con menores de 11, 12 y 13 años, en el corregimiento Currulao, para un total de 44 equipos y 900 futbolistas en competencia durante ocho meses.

El costo del certamen es de 15 millones representados en uniformes, arbitrajes y premios, cofinanciados con aportes divididos así: 27% la Administración Municipal de Turbo, 14% el comercio y el 59% los padres de familia de los participantes. Las personas que dirigen el evento y manejan el torneo no devengan ningún tipo de honorarios.

Muchos sábados y domingos, la luz del día no alcanza para cumplir con tantos partidos programados en una sola cancha. Con la oscuridad, el balón se pierde y los muchachos insisten en patear la noche desconsolados e impotentes. Hay niños que se ponen a llorar porque se les aplaza el partido, en función del cual han vivido toda la semana.

La hora del sudor

En Medellín los muchachos de los equipos de juvenil y de ascenso entrenan tres días a la semana para jugar sábado o domingo. Están citados a la una de la tarde en la cancha del barrio Antonio Nariño, labrada sobre un barranco. Con el sol deslomado sobre los cuerpos, el aire húmedo y la quietud perezosa de la hora del almuerzo, el ambiente del lugar es el más parecido al de Turbo que se puede encontrar en toda la ciudad.

Van llegando desde las 12:30, solos, en parejas y en grupos de tres y cuatro, y se tiran en una manga arropada por tres pinos que sirve como tribuna del escenario. Comienzan el ritual de cambiarse el traje de calle por el uniforme que traen en la mochila, con los cuadernos. Aplicados a la tarea de ponerse las medias y los guayos se ven como una tropa que acaba de cruzar una quebrada.

Al que llega tarde lo recriminan los que ya están uniformados. O le hacen recocha para que le dé rabia y se sienta mal. Le dicen: “¿Fue que te volviste turista?”, “¿qué hubo mariposo?”

Los reúne en el campo de juego John Bernardo Ochoa Mesa, un comerciante que tiene el mando como presidente del Club y es un entrenador exitoso de varios de sus equipos en distintas categorías y certámenes.

John Bernardo es de talla mediana y delgada. Su personalidad es autoritaria aun sin levantar el tono de la voz. Está vestido con sudadera y camiseta.

Mientras va hablando cuadra su reloj como cronómetro.

Los convoca a hacer un círculo para conversar y rezar la oración del Padre Nuestro unidos con las manos por sobre los hombros. En muy pocos minutos define la práctica y elige a uno de los muchachos para que coordine los ejercicios de estiramiento. De ahí en adelante sus órdenes las da ayudándose con un pito.

Los futbolistas forman escuadras y se notan callados y aplicados. Recorren trotando varias veces el rectángulo. Vuelven a reunirse en la mitad de la arenilla. Se disponen a jugar un partido con tiempos de media hora. Y caen en cuenta de un detalle: no trajeron el balón.

Hacen recriminaciones y recocha. Los dos responsables del olvido tienen clavadas encima docenas de miradas. Se juntan y discuten acalorados. John Bernardo los aborda y éstos prometen

corregir su error en pocos minutos. Se alejan presurosos a parar un taxi.

Media hora después, los jugadores están diferenciados en dos equipos y se divierten con la pelota. John Bernardo pita y detiene el juego para repasar movimientos o para llamar la atención sobre alguna situación:

–Entren con ganas pero marcando el balón, sin tocar al hombre, cuidado se dañan ustedes mismos... pásenlo de primera, busquen profundidad.

Con el pito, la bola rueda.

Con el pito vuelve a interrumpir el juego. Les dice a sus pupilos:

–Ojo, lo primero que tienen que pensar es que si somos once, es porque somos un equipo, nadie se puede creer el dueño del balón.

Con el pito, la bola rueda.

El entrenador tiene 32 años y es casado. Nació en Andes, Antioquia, y fue transplantado a Turbo por sus padres, dedicados al comercio, a los siete años. Tiene seis hermanos, cuatro mujeres y tres hombres. En cuanto a su formación académica, a su bachillerato John Bernardo le ha sumado la capacitación como estrategia adquirida en cinco talleres de Cicrodeportes y en el programa descentralizado de Educación Física y Deportes de la Universidad de Antioquia.

Para sostener a su esposa Elena Arroyave Villa y a su hijo Simón Andrés, de cuatro años, tiene un almacén y un taller de bicicletas en Turbo, en donde han trabajado varios de los jugadores.

–Mi esposa permanece en el negocio y yo en la cancha –comenta.

Carga una carpeta llena de fotografías y recortes de publicaciones en periódicos. Y la enseña con orgullo. Escoge una y señala:

–Éste es mi hijo; se mete de pato en todas las fotos y en todos los partidos-. Y aparta otra que fue tomada desde más lejos, pero con el enfoque suficiente para mostrar el hecho: es el equipo de los niños desplazados por la violencia en el Urabá chocono con su director técnico y patrocinador, Miguel Antonio López, rodeados por los padres de familia y los curiosos. Los jugadores, uniformados de amarillo, están de rodillas por una razón estética: no tienen zapatos. En la fila de adelante hay un diminuto “pibe Valderrama” con la cara enterrada y la sonrisa como una mota de algodón.

Los convoca a hacer un círculo para conversar y rezar la oración del Padre Nuestro unidos con las manos por sobre los hombros. En muy pocos minutos define la práctica y elige a uno de los muchachos para que coordine los ejercicios de estiramiento. De ahí en adelante sus órdenes las da ayudándose con un pito.

John Bernardo es presidente de Estrellas 2000 Urabá desde 1989 y desde 1992 se trazó una meta a diez años: detectar los talentos en el torneo regional y en las seccionales que de allí salen para el Ponyfútbol, los interescolares, los intercolegiados, los departamentales y los eventos regionales, nacionales e internacionales, donde son invitados especiales.

También guarda con mucho cariño la carta que el entonces Presidente de la República, Ernesto Samper, le escribió por su triunfo en la versión nacional del torneo Ponyfútbol 97. Un párrafo de la misiva dice: “Es para mí motivo de orgullo y reconocimiento saber que ustedes los jóvenes de Urabá, son ejemplo de fortaleza y unión, porque a través del deporte mantienen la esperanza y la paz que Colombia necesita”.

El entrenador señala que para el Club es una herencia que buscará multiplicar hasta donde más pueda. Quiere aprovechar el fútbol como pretexto para que los niños y los jóvenes de Urabá comiencen a cargar un balón debajo del brazo y a empuñar unos guayos en vez de un arma.

Él es un triunfador con los muchachos de Urabá: doble campeón del torneo nacional Ponyfútbol 95 y 97; campeón departamental de los juegos intercolegiados categoría A en Yarumal 95, y subcampeón de estos en Valparaíso 96; doble campeón del torneo Ponyfútbol Urabá 94 y 95; campeón de los juegos intercolegiados Urabá categoría A 95 y 96, y subcampeón de éstos en el 97.

El tercer título que Urabá tiene en el fútbol lo ganó en el 88 con la dirección del entrenador Alfonso Rivera. Este certamen, organizado por la Corporación Los Paisitas, es el más importante del país y se juega en enero en la cancha Marte 1 de Medellín, con niños de 9 a 12 años.

Con el equipo de Urabá en el Pony fútbol pasa lo que con el de Brasil en los campeonatos mundiales: es el preferido de propios y extraños y siempre llena las tribunas cuando juega.

Los seleccionados de los municipios del eje bananero también son protagonistas en los eventos intermunicipales de Antioquia. En el 91, el de Apartadó quedó campeón en mayores; en el 96 el de Nueva Colonia, Turbo, en juvenil; y en el 97, el de Nueva Colonia en mayores.

No hay políticas claras ni un enfoque social de los beneficios que han tenido los equipos profesionales y la Federación Colombiana de Fútbol con los valores provenientes de Urabá.

Por esta razón y porque se pierden muchos jugadores buenos, en el Club decidieron empezar a traerlos a Medellín para que los miren y puedan seguir su carrera deportiva complementada con una formación académica y cultural. “Si no llegan a ser futbolistas profesionales queremos que

lleguen a ser gentes de bien y puedan contribuir al mejoramiento social no sólo de Urabá sino de Colombia”, dice John Benardo.

La estadía de los jugadores en Medellín es posible por un convenio con los padres de familia y parientes que contribuyen con aportes de 20 a 40 mil pesos mensuales, con el 50% de los costos que suman 90 millones de pesos. El Club cubre lo relacionado con uniformes, representación, juzgamiento y pasajes para entrenar y competir.

Reciben colaboraciones del Liceo Samuel Barrientos Restrepo, donde estudia el 97% de los jóvenes, del Instituto de Educación Física y Deportes de la Universidad de Antioquia y la Junta de Acción Comunal del barrio Antonio Nariño en Medellín. Las empresas Transportes Urabá y Transportes Gómez Hernández que cubren la ruta Medellín-Turbo les rebajan de 18 mil a 13 mil pesos el pasaje, previa presentación del carné del Club. Algunos de ellos, que por razones de estudio fueron devueltos a Turbo, viajan a Medellín los viernes para jugar sábados y regresar los domingos.

—Yo también estoy viniendo continuamente a Medellín, en bus o en el transporte que me resulte, para estar al lado de ellos —señala John Bernardo—. Hacemos lo posible para que estén bien. No queremos presentarlos como mendigos o como desplazados por la violencia, aunque sus familias hayan sido afectadas por esta cruel realidad.

Lateral de proyección

—Solamente hemos tenido un accidente, la muerte de Jhon Cenith Betancur Hinestroza, del equipo juvenil— cuenta el entrenador.

Al muchacho lo mataron de una puñalada por la espalda en inmediaciones del Parque San Antonio, en el centro de la ciudad, cuando iba a tomar el bus del barrio Buenos Aires donde vivía con una tía.

El hecho, sin aclaración por parte de las autoridades, ocurrió a las 6:15 de la tarde del 29 de julio del 97 cuando el joven venía del colegio y, según una versión, fue asaltado por otro joven que trató de quitarle una cadena y encontró resistencia.

—Cursaba octavo, pero iba perdiendo el año y ya habíamos hablado con sus padres para retirarlo y regresarlo a Turbo. Ellos saben que si no rinden en el estudio no juegan. Él estaba enfermo por el fútbol, era lo único que quería hacer —destaca Pablo Emilio Montoya, revisor fiscal del Club.

Con su muerte —recuerda John Bernardo— el equipo se vino abajo en el torneo de la Liga de Antioquia. Eso afectó a todos los muchachos y estuvimos a punto de retirarnos de la competición. Caímos al tercer puesto y perdimos la opción de pasar a la final.

Jhon Cenith tenía 16 años, 1,75 metros de estatura y 68 kilos. Se había iniciado en la categoría "Teteros" en el torneo del Club, en 1990. Su máximo logro fue ser campeón departamental de los XVIII Juegos Intercolegiados de Antioquia en 1995, en representación del Liceo Gonzalo Mejía de Turbo. El mismo año integró el equipo de Antioquia en el Zonal Nacional de Juegos Intercolegiados, categoría A, en Manizales, que ocupó el segundo puesto. Su hermano Elkin, quien juega en el equipo de ascenso, se resiste a creer que esté muerto y prefiere recordarlo en tiempo presente:

-Jhon Cenith tiene todas las condiciones para llegar si Dios quiere... es un lateral zurdo de mucha proyección. Hace sus gambetas, tiene freno y tira los centros medidos al área para que entren de cabeza volantes y delanteros. Le gusta el gol y en todos los partidos prueba con potencia de media distancia.

Aulio Ricard lo interrumpe:

-John Cenith era bastante ambientado y recochudo y a veces se propasaba con chistes verdes. Por esa forma de ser le metía miedo a la

gente de aquí, pero ése es el ambiente de Turbo y como él era de allá, aquí quería seguir siendo el mismo.

Elkin hace tres años entrena, como volante de marca, bajo la dirección de Jhon Bernardo. Mide 1,80 metros y pesa 70 kilos.

El día que lo mataron, su madre los había llamado a Medellín para decirles que iba a venir para que disfrutaran juntos en la Feria de las Flores.

Es moreno y su cuerpo, con diez minutos de trote se ha transformado en un dispensador de sudor. Su voz es lenta y acentuada. Está motilado al rapé y las patillas son dos trazos de marcador que manchan su cara.

-Jhon Cenit es para mí no sólo un hermano sino un amigo -dice. Estamos luchando para alcanzar una meta. Él me rivaliza mucho y me dice que él consigue primero el título. Y yo le digo que eso lo dan el tiempo y el trabajo. Él lo anima a uno cuando lo ve triste... nos diferenciamos en que él es más bajito que yo y más pasivo porque yo juego con mucha fuerza. Claro que él en su puesto es muy responsable y hace las cosas concretas.

El día que lo mataron, su madre los había llamado a Medellín para decirles que iba a venir para que disfrutaran juntos en la Feria de las Flores.

Lo enterraron en Turbo con solemnidad. Detrás del féretro, desde su casa del barrio El Bosque, en el extremo suroriental de la localidad, desfilaron uniformados los 44 equipos del torneo

y los estudiantes de las escuelas y colegios, y el pueblo le hizo calle de honor.

El cadáver lo vistieron con el uniforme del club. Camiseta y pantaloneta a rayas verticales de colores: blanco que representa la nobleza de la gente de Urabá; verde, el banano, su mayor riqueza; y azul, el mar que comunica la región con el mundo.

-Él siempre pensaba en el regreso con orgullo a Turbo y me decía: eso va a ser con brillos elegantes -dice Aulio Ricard.

Antes de jugar un partido piensan en él y rezan un padrenuestro. Todos los triunfos se los dedican.

-Es el Andrés Escobar del equipo. A veces, cuando van perdiendo un partido me dicen: aquí hace falta el difunto -cuenta John Bernardo.

Arquero antipenal

La gente de Urabá se siente orgullosa de la cantidad de futbolistas que le ha aportado al fútbol profesional colombiano e internacional, aunque éstos con sus éxitos poco o nada les hayan retribuido.

Hasta son 27 futbolistas, la mayoría de ellos defensores y delanteros, que le han dado nueve goles a la selección de mayores de Colombia en partidos internacionales, 352 a los equipos profesionales en el rentado, 15 en Copa Libertadores de América y 12 en la Supercopa.

En Nacional han jugado o juegan 15 de ellos. En su nómina titular en 1996 en un partido frente al Santos de Brasil presentó a siete jugadores de Urabá: Francisco Mosquera, Luis Carlos Perea, Francisco Foronda, Santander Ospina, Carlos Gutiérrez, Herman Gaviria y Jhon Jairo Trélez.

La línea defensiva del equipo fue llamada "la zona de Urabá". Algunos narradores deportivos aludiendo a la situación de orden público llegaron a decir en las transmisiones radiales que "Nacional puede estar tranquilo porque ésa es zona roja y por ahí no pasa nadie".

Los cuadros Medellín, Tolima, Junior, Envigado, Pereira, Cali, Cúcuta, Tulúa, Millonarios, América, Caldas, Quindío, Bucaramanga, Huila, tuvieron o tienen en sus nóminas a jugadores de la región.

Luis Carlos Perea fue el primero que llegó al profesionalismo en 1983 a instancias del Deportivo Independiente Medellín.

Nació en Turbo el 29 de diciembre de 1963. Ha actuado para el Tolima y el Nacional en dos épocas y con el Toros Neza de México donde hizo tres goles. Con los tres conjuntos colombianos ha marcado 23.

Es fuerte para disputar el balón, abajo y arriba. Ha jugado 78 partidos internacionales con la

Selección Colombia de mayores y ha anotado dos goles. Estuvo en los mundiales Italia 90 y USA 94. Ha disputado 20 partidos de Copa Libertadores y ha marcado dos goles por Supercopa.

Jimmy Alberto Palacios Hinestroza es el jugador que casi siempre escoge John Bernardo para que marque el ritmo de los ejercicios de calentamiento en las prácticas. Éste se mete en el círculo y va enseñando los movimientos de las manos y los pies, del tronco, de los hombros y de la cabeza, que el resto de compañeros repiten mecánicamente, siguiendo el mando de su voz de uno a diez y de diez a uno.

Tiene 17 años y es grueso y fuerte como un árbol del Darién. Mide 1,78 metros y pesa 75 kilos. Sus piernas y espalda son de plomo. Pretende ser el primer arquero oriundo de Urabá que llegue al fútbol profesional colombiano.

Es un arquero antipenal con una peculiaridad: el 99% de los castigos los origina él mismo cuando sale a disputar el balón, mano a mano, con los rivales.

—Soy muy agresivo y se me olvida controlar la fuerza que tengo cuando me arrojo a los pies del delantero. Mi fuerte es el juego aéreo, pero estoy trabajando para ser bueno en el medio y abajo.

Estudia noveno grado, tiene la cabeza rapada como Ronaldinho, el internacional brasileño, y cuenta que una vez soñó que le atajaba un penalti, pero advierte que éste si no fue por falta suya.

—Enfrentarse a Ronaldinho es muy difícil. También Faustino Asprilla es muy peligroso. Si un arquero le gana un duelo se consagra.

Su padre se llama José de los Santos Palacios y trabaja en Barranquilla en una ebanistería y en una discoteca. Su madre, Gregoria Hinestroza Pérez. Tiene cinco hermanos, dos hombres y tres mujeres.

—Antes de dedicarme al fútbol vendía vainitas por ahí en Turbo, como butifarra, bolis y condimentos de comida-cuenta.

Extraña mucho a su pueblo, especialmente la rumba y a sus compañeros del grupo de Rap “Dos África”, con los cuales se ha presentado ante el público de Medellín. Comenta que es compositor rapero y tiene sus temas especiales. Se ofrece para interpretar uno.

—El tema se llama No Criminal... Dice así: “No criminal, en la zona de Urabá, no criminal, no matememos más, no criminal, en la zona de Urabá, no criminal, no, no, no matememos más...”

— Pero ahora —destaca— no pienso sino en mi fútbol, la música la tengo detenida.

Jimmy vive en Medellín en una casa de la familia del entrenador, con otros cuatro compañeros: Giovanni Rodríguez, Hover Romaña y Beimar Mena, del equipo de ascenso; y Henry Mosquera, del juvenil.

Cuando llegan a la casa después de estudiar y entrenar, se dedican a hacer de comer y al aseo de su ropa y de la vivienda. Ven televisión, conversan y se acuestan a las nueve de la noche.

—Entre los cinco nos ayudamos mucho. Lo que más comemos es arroz porque es lo más fácil de hacer, pero a veces también preparamos frijoles y sopas de legumbres. Cuando tenemos plata para comer bueno, comemos bueno y cuando no hay, comemos gracias a Dios...

Los compañeros le dicen José María Pazos por su parecido con el arquero vallenato del Junior de Barranquilla. Su cara es redonda y de rasgos finos con manchas de sol. Parado debajo de los tres palos es un retador de lucha libre. Su busto negro se traga todo el calor y lo cocina lentamente.

El gol más bobo que le hicieron fue cuando tapaba en el equipo de sub15 en Turbo. Bajó sus manos de bracero para atajar el balón que, no logra explicar cómo, continuó libre por entre las piernas y se acomodó con suavidad en el nido de piolas.

—Éste es un puesto muy duro y para uno poder llegar tiene que destacarse mucho porque todo lo que uno hace se nota ahí mismo.

Sobre su estilo para atajar los penaltis dice:

—Yo miro bien al cobrador a los ojos, como con rabia y con ansiedad, y le meto terror. Voy y le doy la mano. Vuelvo y toco los dos palos y me cuadro en la mitad y cuando va a patear doy un paso adelante sin que el árbitro me vea.

Soñar sale gratis

La práctica, los martes y los jueves, concluye a las 2:40. Vuelven a formar el círculo en la mitad de la cancha. Ponen las manos unas sobre otras, las mecen, y gritan en coro: “¡arriba, arriba, Urabá!”. Algunos se quitan la camiseta y se la pasan por el rostro y el cuello para limpiarse el sudor. Salen a buscar la sombra de los pinos en la tribuna de la cancha. Se tiran boca arriba y botan el aire viciado.

Jhon Bernardo pasa por entre ellos repartiéndoles agua que saca de un galón y les sirve en un vaso desechable. Al mismo tiempo les hace las últimas advertencias de la jornada y del partido que tienen el sábado.

—Pilas se les olvidan los carnés, es mejor que cada uno lleve el suyo, ya se los voy a entregar.

Algunos se quitan la camiseta y se la pasan por el rostro y el cuello para limpiarse el sudor. Salen a buscar la sombra de los pinos en la tribuna de la cancha. Se tiran boca arriba y botan el aire viciado.

Hay que estar en la Marte Uno a las dos de la tarde porque el partido es a las tres.

Señala quiénes no podrán actuar por acumulación de tarjetas amarillas y que el equipo que van a enfrentar está de primero en la tabla y por eso va a ser muy importante para ellos ganarle el partido.

-Vamos a salir a buscarlo de entrada, nosotros no tenemos nada qué perder y sí mucho qué ganar.

John Bernardo dice que él es un entrenador de semana. Es decir, que en las prácticas habla, regaña y corrige y el fin de semana, en los partidos, se sienta en el banco a recibir lo que sus jugadores expresan en la cancha.

-Es el mismo estilo de Francisco Maturana. En semana nos decimos todo lo que tenemos que decirnos. Y por eso la charla técnica en el camerino no dura ni cinco minutos.

-Yo siempre estoy como soñando -comenta Aulio-. Si llego a tener plata lo primero sería patrocinar el Club y sacar de la pobreza a mi familia. Pero no cambiaría porque lo importante es que la gente le tenga afecto a uno. Soñar me sale gratis, no pierdo nada.

El sueño se le ha cumplido con creces a Tréllez y a Castro, goleadores implacables.

Tréllez nació en Turbo el 29 de abril de 1968. Tiene la marca colombiana de mayor número de partidos con la Selección Juvenil de Colombia, 35; y también el mayor número de goles marcados, 18. Es el máximo goleador en toda la historia del Nacional, con 116. Con la selección Colombia de mayores ha jugado 24 partidos internacionales y anotado tres goles. En Copa Libertadores tiene 11 goles y 6 en Supercopa.

Tréllez ha actuado en Colombia con Nacional y en el extranjero con Zurich, de Suiza; Boca Junior, de Argentina; Juventude, de Brasil; y Toulouse, de Francia.

Castro nació en Turbo el 17 de agosto de 1970. Es el segundo goleador en la historia del Medellín, pero el primero entre los criollos, con 89 goles. Lleva 111 en el rentado colombiano actuando para Medellín, Junior y Nacional. Ha jugado un partido internacional con la selección Colombia de mayores, 14 con Medellín y Junior en la Copa Libertadores con dos goles, y se estrenó en la Supercopa 97 con Nacional, con dos goles frente a Estudiantes de La Plata y Peñarol de Uruguay.

Castro militó en dos equipos suizos, Aarau y Grashoppers. Una definición fácil de él es: un hombre de pocas palabras y muchos goles. Con él toma cuerpo el sueño de los futbolistas nativos: la conformación de un hogar, apartamento en un barrio apetecido de la ciudad, carro de marca de prestigio, último modelo; dinero en efectivo

y crédito para comprar en los mejores centros comerciales, y reconocimiento social.

Castro se puede ver en seis respuestas ligeras a preguntas sobre su vida y sus gustos: le tiene mucho miedo a la muerte, es tranquilo y no recuerda la última vez que lloró, admira a Diego Maradona, su mejor amigo en el fútbol es Luis Carlos Perea, su música favorita son los vallenatos de Diomedes Díaz y del Binomio de Oro. La película que más le ha encantado es "La sombra del amor".

Su felicidad en este mundo tiene nombres propios, dice: mi familia, mi esposa Alejandra y mis hijas Sara (de siete años) y Maria Paula (de siete meses). Y tiene claro lo que va a hacer cuando se retire del fútbol: "dedicarme a mis negocios".

De Turbo también han llegado al fútbol profesional Eulalio Arriaga, Evert Palacio, Giovanni Cassiani, John Mario García, Leiner Orejuela, Néstor Ortiz, Santander Ospina, Manuel Gallarcio, Wagner Mosquera, Francisco Foronda, Franklin Cetré, Nelson Palomeque, Víctor Zúñiga y Willington Ortiz (homónimo del gran jugador de Tumaco).

De Carepa, Herman Gaviria (q.e.p.d.), Leonel Mosquera y Jairo Serna; de Chigorodó, José Arley Palacio, Belmer Aguilera, Francisco Mosquera, Edgar Mosquera y John Jailler Moreno; de Arboletes, Francisco Cassiani y de Dabeiba, Carlos Gutiérrez.

Aulio se ha ambientado en Medellín. Hace días consiguió una amiga y con ella pasa parte del tiempo que le queda libre.

-Ella iba a los partidos y me veía jugar. Tenía su novio cuando nos conocimos. Después lo dejó y se me declaró. Y todo bien. Pero eso es impublicable... -lo dice con el tono de un secreto y le pone el sello de su risa.

Uno de sus pasatiempos favoritos es escuchar al Binomio de Oro y los Gigantes del Vallenato, y bailar los merengues de Ricarena. Advierte: "Bailo muy bien ahí donde me ven".

-“Acuérdate”, de los Gigantes, es un tema que me impacta -dice. Y se ofrece para cantar el estribillo, con su voz de timbre íntimo: “Acuérdate aunque sea una vez más, y yo te amé y tu me amaste también hasta decir ya no más...”

Se gana los aplausos de sus compañeros y los recibe inclinando la cabeza y diciendo: “¿Cómo me vieron ahí? No joda...” -arruga un ojo y mira con el otro. Se ríe.

Tiene un proyecto para cuando deje el fútbol. Quiere estudiar algo que tenga que ver con los medios de comunicación.

-Yo trabajé en Turbo en una emisora anunciando baladitas en inglés, en un programa que se llama “Románticos del recuerdo”, y eso me quedó gustando mucho. Lo importante es que uno se sienta bien para poder hacer las cosas bien.

Elkin dice que luchará por su meta en el fútbol doblemente, por él y por su hermano, pero que si no llega se dedicará a estudiar Sistemas o Educación Física y Deportes.

Mientras estuvo en pie, John Cenith mostró que sí era capaz de entrar con berraquera en la cancha. Pero sus ilusiones le llegaron hasta donde iba. Él quería ser futbolista copartidario de Colombia y como Asprilla y Rincón llegar a jugar en el exterior, él quería llegar a las inferiores de Nacional y tener ese orgullo...

Elkin sabe algo de mecánica automotriz y todo sobre la siembra, el corte y el empaque del banano:

-No me varo, desde pelaíto he trabajado. Yo le he ayudado a mi papá, que es capataz de una finca.

-Todo el que se mete a esta vaina del fútbol tiene que saber que es una lucha muy dura. Uno gana y después pierde. No hay rival fácil: el equipo peor puede ser el mejor porque cuando levanta cabeza nadie lo puede detener.

A Jimmy, si no llega al profesionalismo, le gustaría estudiar Educación Física y Deportes y regresar a Urabá a enseñarles a los niños, especialmente a los de su barrio Jesús Mora, en Turbo. A este sector del pueblo la gente lo conoce como "zapato en mano" porque cuando llueve se inunda de tal manera que los moradores tienen que salir descalzos, con los zapatos en las manos o empacados, a buscar las vías principales para ir al centro.

En esas acequias que hacen las veces de calles barriales, los niños se hunden detrás de cualquier pelota en partidos de futbolito bulliciosos, donde el resultado se define, más que por el número de goles, por las prolongaciones y el agregado de

En esas acequias que hacen las veces de calles barriales, los niños se hunden detrás de cualquier pelota en partidos de futbolito bulliciosos, donde el resultado se define, más que por el número de goles, por las prolongaciones y el agregado de nuevos futbolistas que hacen cola para entrar. Observados a prudente distancia, la pelota es disputada por escurridizas estatuillas de barro con los calzones a media nalga, que muestran alegres los ombligos en forma de biberón, los ojos brillantes y los dientes blancos.

nuevos futbolistas que hacen cola para entrar. Observados a prudente distancia, la pelota es disputada por escurridizas estatuillas de barro con los calzones a media nalga, que muestran alegres los ombligos en forma de biberón, los ojos brillantes y los dientes blancos.

Jhon Bernardo no sueña con dirigir la Selección Colombia. "Mi objetivo es propiciar otros espacios de convivencia en Urabá y con el fútbol lo puedo hacer".

Recuerda una escena con especial motivación. Las gentes del eje bananero tan acostumbradas como están a la despedida de sus seres queridos asesinados, desterrados, secuestrados, desaparecidos, salieron a las orillas de la carretera Chigorodó-Turbo,

para recibir con vivas y aplausos a los 17 niños del Club que quedaron campeones del Ponyfútbol 97. Los padres y hermanos de los héroes se abrazaban y lloraban.

-Es quizá el único jolgorio colectivo que ha vivido Urabá. Recuerdo las palabras de Deyanira Garcés, una de las fundadoras del Club: "Jhon Bernardo, por estos pelaos también ha llorado Urabá, pero de alegría".

Aulio Ricard se cambia los guayos por tenis de calle blancos con rayas azules, grandes y de marca. Lo mismo hacen sus compañeros y quedan listos para irse a la casa.

-Después del almuerzo yo siempre me hago una siesta de una hora. Tengo que cuidarme al máximo.

En sus ojos ansiosos se ve el sol de fuego deslizándose por la tarde en el Golfo de Urabá: un balón inflado con el día, cabeceado a gol por el equipo de las olas contra la portería de la noche.

Medellín-Urabá 1997-1998. ■